

Jóvenes, política y cambio social: potencialidades epistemológicas del posestructuralismo para estudiar los sujetos políticos y la subversión del sentido. Algunas críticas a la *juventología* neoliberal

Lic. Josefina Bolis (FPyCS - UNLP / CONICET)
josefina.bolis@perio.unlp.edu.ar

Resumen

En el presente artículo, nos proponemos revisar los desafíos y las potencialidades de problematizar la relación jóvenes/política desde el Análisis del Discurso posestructuralista. En primer lugar, presentaremos sintéticamente los axiomas ontológicos y teóricos de esta perspectiva, que da cuenta de una lógica de constitución del orden social, del funcionamiento de la lógica de la política y del modo de construcción de las identidades colectivas. Luego, haremos un recorrido por algunos de los enfoques de la *juventología* tradicional, distinguiendo dos problemas epistemológicos para pensar la juventud: el esencialismo y la causalidad. Propondremos salir de estas encrucijadas a través de un redimensionamiento de la materialidad de lo simbólico. Por otro lado, revisaremos cómo los trabajos pioneros en Argentina de la década del '90 han formulado -a nuestro entender- una categoría de juventud desde una matriz neoliberal y, por tanto, se vuelve necesario señalar sus formas caducas y proponer algunos desplazamientos. Por último, diseñaremos una propuesta para concebir a los jóvenes como sujetos políticos y para ver el rol que cumplen en la transformación social -o mejor dicho, en la subversión del sentido- a partir de sus demandas y sus proyectos.

Abstract

In this paper, we propose to review the challenges and potentials of problematizing the relationship between Youths and Politics from the post-structuralist Discourse Analysis. First, we will present the theoretical and ontological axioms of this perspective, which identifies a logical constitution of social order, the operation of the logic of politics and mode of construction of collective identities. Then, we will go around some of the approaches of traditional youths studies, distinguishing two epistemological problems in thinking youth: essentialism and causality. We will propose overcome those crossroads resizing the materiality of the symbolic. Furthermore, we will discuss how the pioneering work in Argentina in the 90s have formulated -to our understanding- a category of youth from a neoliberal matrix and, therefore, it becomes necessary to point out their outdated forms and propose certain commutes. Finally, we will design a proposal to analyze youth as political subjects and to see the role they play in social transformation -in other words, in the subversion of meaning- starting from their demands and projects.

Introducción

El posestructuralismo¹ contiene un conjunto de herramientas analíticas que permiten señalar el terreno de contingencia de lo social, en donde la labor articuladora y el

¹ También conocida como teoría posfundacional o posmarxista. Fue elaborada a mediados del '80 a partir de la publicación de "*Hegemonía y estrategia socialista. Hacia una radicalización de la democracia*" (1987) de Ernesto Laclau y Chantal Mouffe, referentes de la Escuela de Essex (Colchester, Gran Bretaña).

establecimiento de antagonismos cobran un rol protagónico. En otras palabras, se trata de un corpus teórico cimentado en la primacía de la intervención de *lo político*² en la transformación social. En el Análisis del Discurso posestructuralista encontramos un corpus teórico constructivista de base materialista³, un punto de vista sobre la sociedad y el sujeto, que nos aleja de posiciones esencialistas o idealistas.

El discurso tendrá aquí un carácter nodal en, al menos, cuatro direcciones: a) *el discurso es el “referente empírico” de la investigación*: se promueve abandonar el estudio de *lo real*⁴ sin por ello negar su existencia, puesto que la realidad no puede aprehenderse sino a través de la mediación que supone la simbolización; b) *el discurso tiene materialidad, no es una entidad contemplativa o cognoscitiva*: el discurso no es producto de “la cabeza del hombre” ni es simplemente acto de habla o escritura, sino una práctica articuladora que organiza las relaciones sociales y condiciona las posibilidades mismas de acción de los sujetos⁵; c) *las lógicas relacionales de la lengua pertenecen al campo de lo social*: tanto la sociedad como el lenguaje son sistemas de diferencias y equivalencias, en consecuencia, las formas concebidas por la lingüística para describir hermenéuticamente a la lengua (como la metáfora y la metonimia) sirven para describir las relaciones sociales; d) *los procesos socio-políticos son luchas discursivas sobre terrenos simbólicamente ocupados*: analizar el discurso nos arroja luz sobre cómo fue posible la naturalización del sentido, esto es, la sedimentación de discursos para crear un orden social, y mediante qué estrategias es posible la subversión de ese sentido, o en otras palabras, nos señala el rol protagónico de la batalla simbólica en el cambio social.

La incorporación de los aportes de la Teoría del Discurso a la praxis de la investigación en comunicación social significa dar un salto cualitativo en el abordaje de los objetos de estudio tradicionales de la disciplina, por caso, los estudios sobre juventud. Analizaremos, en este artículo, los problemas recurrentes de la *juventología*, que podemos sintetizar en cuatro ejes: 1) *la estetización de la juventud*: se dicotomizó la dimensión *fáctica* (la edad) y la dimensión *simbólica* (los signos), subestimando la fuerza material de lo simbólico en la producción del orden social; 2) *la concepción de la juventud como moratoria*: la inscripción del joven en un “periodo preparatorio” en el cual adolece de algo lleva a su negación como sujeto político; 3) *la lectura de las juventudes en plural*: el estudio de las juventudes en clave diversidad constituyó una lucha contra el relato homogeneizador de lo biológico, no obstante, “*juventudes*” corre el riesgo de tornarse un nuevo concepto totalizador al unificar la desigualdad en un plural; 4) *la configuración de un “mundo joven”*: se imaginó a la juventud un campo autárquico, en función de su

² Por *lo político* entendemos las prácticas emergentes o instituyentes que desestructuran los sentidos sedimentados o instituidos de *lo social* (Lefort, 1992).

³ Realizamos esta distinción porque la teoría laclauiana, recuperando la tradición gramsciana y lacaniana, se inscribe en el giro lingüístico de las ciencias sociales, que reconoce el rol central del lenguaje en la construcción de la sociedad, sin por ello restarle materialidad a las relaciones sociales. En efecto, para Laclau y Mouffe (2011) el discurso tiene efectos materiales y es en sí mismo una práctica social concreta.

⁴ En este punto, la teoría del discurso confronta con el constructivismo radical, que sostiene que la realidad es consecuencia del lenguaje, y con ciertas versiones del posmodernismo, que proclaman que lo real es mera invención o simulacro (Retamozo, 2012).

⁵ Pierre Bourdieu ya había realizado un planteo en esta línea al proponer pensar el poder simbólico como ese poder de *hacer cosas* con palabras, “poder de constituir lo dado por la enunciación, de hacer ver y de hacer creer, de confirmar o de transformar la visión del mundo, por lo tanto el mundo” (Bourdieu, 2000:71).

alternatividad o *resistencia* al mundo adulto, lo que implica situarlos en un *vacío* en vez de en el terreno de las relaciones de fuerza y de sentido de la sociedad.

Problemas epistemológicos de la *juventología*: esencialismo y causalidad

Algunos textos fundadores de los estudios latinoamericanos sobre juventud la pensaron como *metáfora del cambio social* (Passerini, 1996; Feixa, 1998). Sin embargo, consideramos aquí, que es más acertado decir que la juventud ha funcionado como una metaforización sobre lo social, tanto en la discursividad cotidiana (los relatos hegemónicos sobre el rol y la función de los jóvenes en la transformación: optimistas y pesimistas, de salvación o de pánico) como en el discurso científico (que concibió a los jóvenes como palanca metodológica para dar cuenta de lo nuevo en la sociedad, pero también -en las variantes más predictivas de la ciencia social- para hipotetizar sobre los destinos de lo social). Una vez más, estos discursos no son raudas creaciones imaginarias: las operaciones de metaforización tienen implicancias en el terreno de lo social. Situar a los jóvenes *en el lugar* de lo social es construir una metáfora de plenitud o sutura (como denominador común o punto nodal de la sociedad), a la vez que ponerlos a representar el cambio es ficcionalizar el futuro (mitos de reparación o de dislocación de lo social). La operación lingüística tiene efectos concretos en lo social y en lo político, en tanto la universalidad es inabarcable y sólo podemos rozarla a través de la producción de metáforas de completitud. La sociedad no es otra cosa que una gran metáfora sobre sí misma.

El concepto tiene sus raíces en la *Metafísica de la Juventud* de Walter Benjamin (1993), donde inmortalizó la frase: *la juventud está en el centro del lugar donde nace lo nuevo*. Nos gustaría señalar brevemente dos problemas que pueden desencadenarse de esta afirmación y que -a nuestro parecer- han llevado a grandes equívocos en el campo de la *juventología*. El primero, es pensar a la juventud con una metafísica propia: con una estructura y componentes particulares, con principios inherentes o -más extremadamente- con una naturaleza o esencia específica. Es decir, deslindar la juventud de la "*metafísica*" *de lo social*, la describe de manera aislada, como si fuese independiente de los sentidos en disputa en la sociedad.

Dice Rossana Reguillo, que concebir la juventud como metáfora del cambio social, es "una llamada de atención que nos invita a repensar tanto la sociedad como los 'instrumentos' que nos hemos dado para conocerla e interpretarla" (1995:22). Para evitar cualquier confusión con una búsqueda de fundamentos últimos o de referentes empíricos, podemos reelaborar esta frase de este modo: la juventud nos invita a repensar tanto la *totalidad* como los *significantes* que nos hemos dado para construirla y darle sentido. De más está decir que entender la juventud como metáfora no implica relativizarla (como si por ser ficcional, cualquier relato diese lo mismo): no cualquier metáfora sirve y menos aún logra estabilizarse en el tiempo. Tiene condiciones históricas de posibilidad. Por ejemplo, no por azar podemos decir que la mejor metáfora para la "unidad social" es la "nación", y lo mismo podemos decir para metaforizar el cambio: debió haber juventudes que funcionasen como emblemas de la transformación o como vanguardia para que la metáfora cobre sentido.

El segundo problema, que es englobar a las juventudes en *lo nuevo*. Esto es: pensar que porque son "sujetos emergentes" en el campo de lo social, tienen también "sentidos emergentes" (y resulta evidente que también hay juventudes conservadoras, amarradas a sentidos sedimentados). Los dos polos en torno a esta doxa, si se quiere, entre las posturas más subjetivistas y las más objetivistas, son concebirlos como: a) *actores del cambio*: la

vanguardia, los hacedores de futuro, los actores de la transformación, y b) *sujetos del cambio*: en términos de sujeción, como si el cambio se trasluciera a través de ellos.

Esta última es la más común en los estudios pioneros sobre juventud en la Argentina, los cuales comprendieron la juventud en términos de un proceso de *sociabilización*. Mario Margulis (2008), por ejemplo, definió la juventud como una *subcultura*, por poseer códigos que excluyen a las generaciones precedentes y, por tanto, poner en evidencia el desplazamiento y la obsolescencia de la “vieja” cultura. Para él, la juventud “incorpora con naturalidad los cambios en las costumbres y en las significaciones que fueron objeto de luchas en la generación anterior; su sensibilidad, sistema perceptivo, visión de las cosas, actitud hacia el mundo, sentido estético, concepción del tiempo, valores, velocidades y ritmos nos indican que está habitando con comodidad un mundo que nos va dejando atrás” (Margulis, 2008:9). Dice que para los jóvenes el *presente* no es sólo una *etapa* como para los adultos (que, por ello, tienen tiempos de “resociabilización” más lentos), sino que lo es *todo*, que aterrizan en el presente y se adecúan fácilmente a él. Finalmente, nos encontramos frente a un retorno de las clásicas concepciones biologicistas y psicologicistas de juventud como “etapa de la vida”.

Al final de cuentas, estamos situados ante una misma disyuntiva: la de la causalidad. De la juventud como *causa* del cambio social, a la juventud como *efecto* del cambio social. Siempre que situemos la juventud en relación causa-efecto con la sociedad se nos hará esquiva, porque son indivisibles y no funcionan a través de lógicas diferentes y estancas. Lo que no implica que no podamos estudiar el cambio a través de los jóvenes ni que tampoco tengan la misma posición que otros sujetos.

Otro texto fundacional de los estudios latinoamericanos de juventud es el de Antonio Pérez Islas (2000), quién nos ofrece algunos criterios básicos para definir lo juvenil: a) es un concepto *relacional*: sólo adquiere sentido en un contexto social más amplio y en su relación con lo *no juvenil*: “de ahí que ‘lo juvenil’ no sólo supone la definición positiva acerca de que es y cómo puede ser definido un ‘joven’, sino además contemplar las disputas sociales en torno a la conceptualización misma de juventud. Así podemos reconocer lo ‘juvenil’ como producto de una tensión que pone en juego tanto las formas de autodefinición, como la resistencia a las formas en que son definidos por ‘otros sociales’ (sean los adultos, las instituciones sociales, otros jóvenes, entre otros)” (Vommaro *et al.*, 2010: 10); b) está *históricamente construido*: por un lado, se trata de una categoría histórica (inventada, no siempre existió), pero además, el contexto social, político, económico y cultural va variando las formas de vivir y percibir lo joven (Reguillo, 2000); c) es *situacional*: hay contextos definidos y más acotados que también varían los modos de ser joven, por lo que hay que evitar las generalizaciones; y a la vez, es un concepto que debe leerse de manera relacional con otras categorías como el género, la clase social, la etnia, entre otras; d) se construye en *relaciones de poder*: no se pueden desconocer las relaciones de fuerza y sentido involucradas en su conceptualización y las fronteras simbólicas que determinan la inclusión/exclusión en lo juvenil.

El gran aporte que retomamos de Pérez Islas es dejar de pensar la juventud de manera autárquica, sin los conflictos, tensiones, relaciones de poder; al fin y al cabo, sin la sociedad. Estamos haciendo referencia a obras medulares en el pasaje de la concepción de *la* juventud como franja de edad (homogénea y biológica) a una concepción de *juventudes* históricas y heterogéneas. Sin embargo, lo que quizás se trate de una debilidad inherente a la intención de definir un campo disciplinar, al tomarlos como categoría analítica y aspirar a delinear sus reglas y particularidades, en algunos casos, volvieron a esencializar la

juventud. Seguidamente, la normatividad cruzó inconscientemente sus propuestas: decían lo que los jóvenes “eran” o “podían ser”. Y en algunos casos, la moralidad: lo que los jóvenes “debían ser”.

Re-materializar lo simbólico

El primer paso para salir de las encrucijadas expuestas previamente es repensar lo simbólico. Uno de los textos fundantes de los estudios de juventud a nivel nacional es *La juventud es más que una palabra* (Margulis y Urresti, 2008 [1994]), cuya rubrica polemiza con el título de una entrevista realizada a Pierre Bourdieu: *La juventud no es más que una palabra* (1990). En principio, debemos acordar qué es una *palabra*. El posestructuralismo comprende lo simbólico desde la perspectiva de sus efectos materiales, desde la historicidad y el poder (inclusive como acción coercitiva). En tal sentido, resulta inútil buscar el real empírico tras las palabras, pues sólo a través de signos conocemos el mundo. Por ello, afirmamos que es posible realizar una lectura de los procesos sociales a través de las lógicas simbólicas, o dicho de otro modo, que la simbolización tiene incidencia en la conformación de lo social.

Pero para Margulis y Urresti, el sociólogo francés exaspera la condición de signo de la juventud, hasta el punto de desmaterializarla, y proponen pensar cómo la dimensión fáctica interactúa con la simbólica. Sin embargo, a esta última le relegan el lugar de una *estética*, regida por una lógica mercantil (y aquí la matriz de pensamiento neoliberal). Afirman que la juventud se trata de signos que tienden a “estetizarse, a construir un conjunto de características vinculadas con el cuerpo, con la vestimenta, con el arreglo, y suelen ser presentados ante la sociedad como paradigma de todo lo deseable (...) La juventud-signo se transforma en mercancía, se compra y se vende, interviene en el mercado del deseo como vehículo de distinción y de legitimidad” (Margulis y Urresti, 2008:17). De esta manera, siguiendo a Barthes (1990), piensan la *facticidad* de los jóvenes a través de la fórmula *función-signo*, donde la dimensión *funcional* es la cronología (la “materia” de la juventud) y ella deviene un soporte para articular *signos* (lo juvenil como investimento sociocultural y valorativo): “el compuesto resultante es el cuerpo del joven (cronología sin cultura es ciega -bruta materialidad, estadística-, cultura sin cronología es vacía, simbolismo autóctono, culturalismo)” (Margulis y Urresti, 2008:22): la dimensión “física” se hace “visible” con los signos.

Para pensar estas dos facetas introducen un concepto que desentrañaremos en el siguiente apartado: la *moratoria*, esto es, la capacidad de retraso. La *función* deviene *moratoria vital* (como excedente temporal o energético, cuya génesis es la relación con la lejanía de la muerte) y el signo resulta *moratoria social* (como capacidad de letargo de responsabilidades sociales, de roles y estéticas adultas). De allí, caracterizan una serie variada de articulaciones función-signo que van desde los jóvenes no-juveniles, a los no-jóvenes juveniles, es decir, sobre los capitales energéticos (un *valor de uso*, según los autores) se erigen los capitales simbólicos (el *valor de cambio*) que se apropian de manera diferencial. El resultado es que la función es señalada como “dato duro”, transclasista, mientras el signo es lo que permite su intercambiabilidad, es una “abstracción que permite una particular distribución social por clase de ese capital, en el que juegan los intereses del ‘mercado’. Ese mercado es a la energía (cualitativamente distinta) un ordenador cuantitativamente conmesurador, un tamiz por el que la diferencia se hace código” (Margulis y Urresti, 2008:23). El problema de esta concepción se hace evidente cuando

definen las juventudes sin moratoria vital, para las cuales la muerte es cercana, posible y probable. Los autores dirán que esos jóvenes están “alienados” de su juvenilidad.

La pregunta es: ¿cuál es la productividad de designar una *diferencia esencial* (fáctica) de la juventud con el resto de la sociedad, cuando serán los códigos los que en realidad hagan (o no) funcionar esa diferencia? Si sólo se accede a la función a través de sus signos, ¿no estamos nuevamente desmaterializando la juventud? ¿Por qué es necesario para los autores designar algo del orden de la facticidad en la juventud si luego señalan que ésta puede aparecer “alienada”? Es así que el fetiche de la cronología vuelve subrepticamente en este postulado (designado una esencia) aunque sirva sólo para constatar que ésta es indivisible del simbolismo que la hace funcionar en sociedad. La articulación diferencial con esos signos no es sólo lo que marca la diferencia jóvenes/adultos, sino la diferencia misma entre las juventudes. Si entre dos clases sociales existen más diferencias de “juventud” que las diferencias entre jóvenes y adultos de una misma clase, ¿de qué sirve señalar una “esencia” que unifica a esas dos juventudes? La dificultad conceptual de Margulis y Urresti subyace, en realidad, en “estetizar” los signos, ya que sólo viendo los signos en su materialidad podemos salir de esta falsa dicotomía.

Y allí el primer problema de la juventología neoliberal: *se estetizó la juventud*. Los signos se describieron a través de la lógica mercantil producción-circulación-consumo, y no a través de una lógica política, como articuladores y diferenciadores sociales que generan identidades políticas, que construyen cadenas equivalenciales entre las demandas de sujetos; o en otros términos, como determinantes de posiciones para la acción en lo social, donde la fuerza de sentido tiene fuerza material, porque a través del sentido se disputa la producción de un orden social.

Y así, no estamos tan lejos de la definición originaria de Bourdieu en la criticada entrevista: “Las divisiones entre las edades son arbitrarias. (...) De hecho, la frontera entre juventud y vejez en todas las sociedades es objeto de lucha. (...) Esta estructura, que existe en otros casos (como en las relaciones entre los sexos), recuerda que en la división lógica entre jóvenes y viejos está la cuestión del poder, de la división (en el sentido de repartición) de los poderes. Las clasificaciones por edad (y también por sexo, o, claro, por clase...) vienen a ser siempre una forma de imponer límites, de producir un orden en el cual cada quien debe mantenerse, donde cada quien debe ocupar su lugar.” (1990:119). Por lo tanto la categorización de la juventud como un sujeto social es una operación semántica, un ordenador de sentido que, en tanto excluya o incluya, otorgue o censure el poder, será un significante de disputa.

Pero, además, señala Bourdieu, concebir “la juventud” como atributo etario resulta un gran abuso del lenguaje, al unificar universos simbólicos que no tienen nada en común: “si comparáramos a los jóvenes de las diferentes fracciones de la clase dominante, (...) veríamos que estos “jóvenes” tienen más atributos propios del adulto, del viejo, del noble, del notable, cuanto más cerca se encuentran del polo del poder. (...) muestra que la edad es un dato biológico socialmente manipulado y manipulable; muestra que el hecho de hablar de los jóvenes como de una unidad social, de un grupo constituido, que posee intereses comunes, y de referir estos intereses a una edad definida biológicamente, constituye en sí una manipulación evidente. Al menos habría que analizar las diferencias entre las juventudes” (1990:120). El sociólogo advierte que por lo menos hay que distinguir dos polos opuestos (para luego divisar las figuras intermedias): el “estudiante burgués” que eterniza su adolescencia, y el “joven obrero” que ni siquiera tuvo adolescencia. En nuestros términos, se trata más bien de rastrear los antagonismos, que no nos conducen a un

nosotros juventud uniforme; sino que más probablemente se erijan en forma de fronteras con el *otro adulto*, el *otro infante* y, a la vez, las *otras juventudes*.

Ahora bien, mientras la unificación simbólica de la juventud resulta un abuso de lenguaje para el análisis sociológico (niega heterogeneidad y evoca “naturalezas” biológicas), para la práctica política es constitutiva, es decir, la unidad de la “juventud” deviene una herramienta retórica poderosa, en tanto aglutina particularidades en una identidad común con pretensiones universalistas. Esto es, la juventud como actor político debe significarse como *totalidad*: el vigor de su construcción en tanto propuesta hegemónica subyace en la pretendida unidad y no en la segmentación. La frontera podrá dibujarse frente a los adultos -“la juventud es transformadora, mientras los otros quieren conservación”- o frente a juventudes de otras épocas -“la juventud del pasado es la de la apatía, la de hoy es la del compromiso”-, pero la juventud como actor político deberá representarse como unidad.

Con esto queremos plantear que las “meras diferencias” (otro relato posmoderno que vamos a evaluar) no es la única forma de acceder a los jóvenes, en tanto lo social produce significantes unificadores de “la juventud”. Como la comunicación en la total dispersión resulta imposible, en un momento histórico los sujetos se relacionan entre sí con un conjunto de “sentidos comunes”, parcialmente fijados, y por ello, existe una regularidad de sentidos sobre “la juventud”. Los estudios de juventud se acercaron a esta regularidad a través del concepto de *generación*. Para el enfoque que venimos objetando, la generación era posible por la “socialización” en determinado momento histórico-cultural, lo que dotaba a los sujetos jóvenes de ciertas *marcas epocales* comunes. Para Margulis y Urresti la generación a la que se pertenece funciona como “memoria social incorporada” y “experiencia de vida diferencial”; se trata de los estímulos de una época que cruzan transversalmente todos los espacios sociales. Otra vez, desechando el biologismo camuflado, podemos coincidir con la idea de generación: lo que tenemos en determinado momento histórico son ciertos procesos de simbolización y ciertas luchas por la subversión del sentido que impactan en los sujetos. Es decir, una discursividad retórica que tiene efectos en la provisión de esquemas de interpretación y acción de los actores sociales. Se trata de la construcción de una cosmovisión, de un presente simbólico que reinterpreta la historia y habilita formas de precepción del futuro.

Nuevamente, podemos retomar la propuesta bourdiana, para la cual “las diferencias de generación son diferencias en el ‘modo de generación’ -en las formas de producción- de los individuos, diferencias que se limitan a grupos y campos concretos en cada momento (...) estos cambios son los que producen diferencias de generación, es decir, es cuando los nuevos miembros (los jóvenes) son generados de manera distinta” (Pérez Islas, 2000:30). Es así que Bourdieu advierte que hay que realizar el recorrido inverso: no es buscando dentro de “una juventud” que sobrevendrán los “nuevos códigos”, sino “partir de una teorización sobre la estructura social y la producción de sujetos y, a partir de aquí, plantear los conceptos de edad y generaciones” (Pérez Islas, 2000:30). Dentro de la teoría de los campos y del habitus de Bourdieu, esto implicaba primer ver la estructura del *campo* (las posiciones objetivadas en un sistema relacional y jerárquico que disputan la apropiación del capital valorado en ese campo o la subversión de las reglas del mismo) y luego ver cómo los sujetos exceden esas posiciones (son su posición actual y la historia de sus posiciones incorporadas en el *habitus*, a la vez que ocupan diversas posiciones en diferentes campos).

En síntesis, desde aquí proponemos pensar los *modos de generación* de los sujetos a través de la *performatividad del discurso*. Esto es: nombrar “la juventud”, la produce. Con

Reguillo (2000), hemos dicho que la invención de la juventud estuvo asociada a las plataformas discursivas que la nombraron: el mercado con sus productos “para jóvenes”; el sistema jurídico con los “derechos de la juventud”, y el estatal-institucional que designó “espacios de juventud” en relación con una necesidad de postergación de su ingreso al sistema productivo, para reducir la población económicamente activa. Estos son discursos que produjeron la juventud, que crearon una *categoría de identidad* que se hizo carne en los sujetos que se sienten/ven/actúan como jóvenes, y en los “otros” no identificados como jóvenes, que también distinguen jóvenes y se ven a sí mismos como no-jóvenes. Dice Leticia Sabsay: “en estas articulaciones imaginarias se juega la materialidad de la vida misma y sus efectos son ‘reales’” (2011: 147). Parafraseando a Leonor Arfuch (2008), la performatividad del discurso es visible en el desplazamiento que se produce desde el “hacer-hacer” al “hacer-ser”; las *prácticas* de ciertos sujetos (sus consumos, sus derechos, su pasaje por instituciones especializadas) los hace *ser* jóvenes, y “es precisamente a partir de este deslizamiento performativo que se producen los efectos de modelización social” (Sabsay, 2011:150).

La modelización social de la juventud en la etapa neoliberal estuvo signada por la victoria del relato del mercado sobre las otras dos plataformas enunciativas. Por el carácter performativo de estos discursos no podemos dictaminar que los jóvenes no “hayan sido” de esta manera. Tampoco podemos señalar la *juventología* cometió equívocos por distinguir una “categoría de identidad juvenil” a través de una matriz provista por la hegemonía neoliberal. Solo señalaremos que, luego de la crisis y el cuestionamiento de la discursividad del Mercado, algunos conceptos tradicionales resultan insuficientes para pensar los procesos actuales.

Problemas políticos de la *juventología*: la matriz neoliberal

Los trabajos pioneros en la Argentina se realizaron en la década del ‘90 y, si bien analizaban la cultura neoliberal en forma de crítica, desencanto, o en algunos casos, celebración, no escapaban de su matriz. Es decir, trazaron un concepto de juventud adecuado a las marcas de la época, coincidente con los conflictos sociales y las problemáticas políticas del momento. Por eso, resulta necesario revisarlos bajo el prisma contemporáneo. A continuación, revisaremos tres postulados que consideramos caducos -incluso peligrosos-, por lo menos en sus formas puras: a) pensar la juventud como *moratoria*, b) estudiar las juventudes en *plural*, c) concebir la existencia de un *mundo joven*.

Dentro del primer problema, comprendemos que el joven que “mora” es el que espera pasivamente, es el que retrasa la acción para mañana. Es el joven que se define por su distancia con lo social, por su lejanía del lugar donde “realmente” las cosas suceden. Así, caracterizar a la juventud a través de sus moratorias es deificar al joven del “*puro presente*” neoliberal. En estas perspectivas, el *plus* de vida, que otorgaba a los jóvenes un sentimiento de invulnerabilidad, producía el joven del desinterés. Asimismo, el tiempo disponible que lo eximía de responsabilidades prefiguró un joven descomprometido. Amarrar a los jóvenes a sus “moratorias” es dar a la juventud un sentido conservador: no puede haber transformación en un presente inerte, donde no hay prefiguración del futuro. O quizás, es un esfuerzo conservador para mantener a la juventud amarrada: que sus acciones no valgan, que no devengan fuerzas transformadoras de sentido. Es mantenerlos en ese tiempo muerto donde sólo se ensaya de manera lúdica.

Pero a la vez, definirlos por sus moratorias es considerarlos como *seres del futuro*: “el joven es presentado como un ser de tiempo inexistente. El pasado no le pertenece porque no estaba, el presente no le pertenece porque no está listo, y el futuro es un tiempo que no se vive, sólo se sueña, es un tiempo utópico. Ahí son puestos los jóvenes, y así quedan eliminados del hoy” (Chávez, 2006:28). El joven de la moratoria retrasa su ingreso pleno a la sociedad: el discurso de “todavía no está listo” en realidad configura un sujeto que “no es”, que está deslegitimado desde el inicio para formar parte de las relaciones de fuerza y sentido “adultas”. A veces, se sugiere que están cómodos en esas moratorias, que los jóvenes no quieren actuar, que aceptan con agrado que “todavía no es su turno” ¿Serán los jóvenes cuasi-sujetos de la no-acción y la conservación? ¿O es acaso la mirada adultocéntrica la que prefiere situarlos en un “tiempo muerto”, en un espacio de rutinas juveniles que no comprometan a la sociedad en su totalidad?

Creemos que hay que dejar de lado las moratorias y pensar los jóvenes a través de sus *trayectorias*. En primer lugar, una moratoria es un tiempo estático, mientras que una trayectoria es un *proceso*. Es un tiempo que transcurre a medida que los sujetos van convirtiéndose en ciudadanos plenos, van tomando “la voz y el voto” en la sociedad, se van posicionando, identificando, construyendo proyectos. Incluso, quizás por su posición flamante, tengan más demandas: quieran ser miembros plenos, ser reconocidos por la institucionalidad.

Preferimos hablar de trayectorias porque en ella se discierne un punto de inicio y uno de llegada: una trayectoria los coloca en una *posición* en lo social y quizás -más difusa o más claramente- les indique una *meta*. Una trayectoria implica concebir un proyecto, una prefiguración de caminos posibles para avanzar. Estas trayectorias no serán lineales sino más bien yuxtapuestas; no están plenamente determinadas (configuradas por la sociedad) ni son determinantes (elegidas de una vez y para siempre). Las vías muertas (Auyero, 1993) llevan a reformular las trayectorias. Hay caminos que se obturan y de ese modo una trayectoria implica avances y retrocesos. En fin, en su transcurso precisarán de la acción constante de la decisión, habrá vías alternativas y conflictivas, por tanto, las trayectorias responden a la lógica de *lo político*.

Aún más: la trayectoria no es *transición*, lo que inferiría la necesidad de “*rituales de pasaje*” como los de las moratorias (que definieron hitos de ingreso a la adultez: tener un hijo, deber sustentar económicamente la familia, entre otros). Un rito de transición infiere la existencia de un mundo de plenitud adulto y, por otro lado, de jóvenes como sujetos incompletos que necesitan “pegar el salto”. Una trayectoria no se presenta en un sujeto de manera unificada y coherente, o mejor dicho, un sujeto puede acoger en su seno posiciones sedimentadas y posiciones proyectadas y, entre ambas, delinear un recorrido posible (lo que supone que puedan convivir sin excluirse prácticas significadas como adultas y prácticas juveniles).

La trayectoria no puede pensarse como *tránsito*, como mero *pasar* (lo que nos devuelve al terreno de la cronología), sino como un terreno de elecciones en conflicto. Como no es un camino recto no puede haber “desviaciones” de la trayectoria (como plantean los relatos de la juventud que va “por el mal camino” o que simplemente “perdió el rumbo”). Tampoco es totalmente abierta, hay ciertos itinerarios definidos, metas proyectadas y puntos de partida imaginados biográficamente que obstaculizan ciertas vías. Ni azarosa ni lineal, es una construcción procesual y socio-histórica.

La gran diferencia entre pensar “moratorias” y “trayectorias” es que la moratoria es una ligadura a *lo social* sedimentado, del que los jóvenes aún no podrían desprenderse; en

cambio, la trayectoria los impulsa al terreno de *lo político*, de lo emergente, de la decisión. La moratoria es la negación del joven, es su inscripción en un “periodo preparatorio” en el cual es “adolescente”, es decir, adolece de algo, tiene una falta (si invertimos el planteo, podríamos decir que todos los sujetos son adolescentes, todos inscriben en sí mismos algo que les falta, sino no podríamos hablar de identidades procesuales, cambiantes y contingentes, movilizadas por su incompletitud, por una ausencia constitutiva que los impulsa a transformarse). En la trayectoria, el joven es un *sujeto potencial* (proyectándose, constituyéndose, institucionalizándose), pero también un *sujeto posicionado* (ubicado en el campo social a través de relaciones de fuerza y sentido): es decir, es potencia y es poder.

En segundo problema que abordaremos, es el tratamiento en *plural* de las juventudes. El *discurso jurídico* ideó una juventud universal, con los mismos derechos para todos (derecho a la educación, la salud, la dignidad, la libertad, la participación, entre otros). El *discurso estatal* trabaja también con el precepto de la igualdad: debe garantizar el cumplimiento de los derechos universales, a través de políticas públicas e instituciones que contengan al conjunto de los jóvenes. En los paradigmas más benefactores del Estado, las políticas son parciales, dirigidas a sectores sociales particulares: con miras a la igualdad, se trabaja sobre la desigualdad para acortar su brecha. Inversamente, las industrias culturales nombraron a la juventud a través de la diversidad, con la máxima de que “hay un producto especial para cada uno”. En el *discurso mercantil*, la pluralidad se festeja. Es una multiplicidad que se considera equitativa por permitir un acceso común al mercado (aunque, por supuesto, ese acceso siempre será diferencialmente restringido según capacidad adquisitiva). La igualdad no es aquí proyecto -a través de una pregunta por la diferencia-, más bien, se consideró que la igualdad estaba dada por la convivencia de lo diverso. Pero el relato posmoderno fue *un* gran relato: un relato sobre los micro-relatos. Una política hegemónica sobre la micro-política. La dispersión festejada no tenía nada de disperso: pretendía una *totalidad*.

Para los estudios de juventud, la opción por el plural “juventudes” fue una lucha política contra el relato homogeneizador de lo biológico, que era hegemónico antes de la década del ‘90. Sin embargo, es también una forma de unificar la desigualdad en un plural y, por ello, corre el riesgo de ser un concepto totalizador, una nueva hegemonía. Quizás la pregunta no deba ser cómo englobar lo diverso, sino cómo se divide lo global ¿Es posible contener las enormes desigualdades en un plural? Entonces, no debería buscarse la forma de describir o contener la heterogeneidad (con igual lógica que la mercantil), sino rastrear por qué se generan esas diferencias y cuáles son los conflictos que las erigen.

“*Juventudes*” puede funcionar como una nueva unidad, una plenitud hegemónica que, a través de la pluralidad, esconda la singularidad que le dio origen; esto es, los intereses particulares que se reditúan de la dispersión (especialmente, los del mercado). La categoría “juventudes” puede conformar una larga cadena equivalencial de identidades jóvenes en la parezca que todo vale lo mismo y, así, diluir la diferencia (que, debemos aclarar, sólo existe si la nombramos). A la vez, metodológicamente, la obsesión por lo micro -y por su relatividad- licuó la pregunta por el poder y por la construcción de hegemonía.

Por el contrario, podemos postular que la pregunta por lo singular, por *la juventud universal*, puede funcionar como parámetro de medida para evidenciar las desigualdades, dentro de una lógica de derechos. Pero nada asegura que no devenga una nueva totalización que oculte las diferencias. En realidad el problema es preguntarnos por “la juventud” o “las juventudes” y no por las fronteras con las que se erigen, parafraseando a Bourdieu (1990).

La única forma de evitar totalizaciones es pensarla de manera relacional: podremos así dar cuenta de las categorías de juventud sedimentadas, de los relatos hegemónicos sobre la juventud, de formas emergentes de identidades juveniles.

En otras palabras, la afirmación “hay diferentes modos de ser joven en la sociedad” en tono celebratorio, impide ver que no todos esos modos son opciones habilitadas para todos. El consenso más atroz que logró la hegemonía neoliberal fue el de que “cada uno, mediante el uso de su libertad, podía elegir su modo de vida”. En realidad, la identidad joven es una sola, pero no está suturada. Más bien, hay disputas para hegemonizar el significante “joven”, diversos proyectos por ser la juventud representativa, la juventud legítima. Hay, también, posibilidades diferenciales de articularse con la identidad juvenil, y algunos no podrán representarse con ella, les resultará esquiva, aparecerá hegemonizada por otros con los cuales resulta imposible equivalerse.

Finalmente, problematizaremos los desarrollos de la *juventología* en torno al “mundo joven”. Siguiendo a Florencia Saintout (2010), debemos comenzar criticando la idea de que los jóvenes existen en el vacío social, puesto que *no hay un planeta joven por fuera de la historia*. Esto nos lleva a considerar los riesgos de las teorías que consideraron lo joven en función de su *alternatividad* o *resistencia* al mundo adulto.

Podemos discurrir que el aislamiento de lo juvenil, a través de la construcción de un “mundo” aparte, está vehiculizado por los dispositivos de protección y de tutelaje, en otras palabras, por la “normalización” de los sujetos. O quizás, por mecanismos de contención y control, puesto que nada de lo que pase en el “mundo joven” podría disputar los sentidos del “mundo adulto”. En fin, situarlos en un *vacío social* puede transmutarse en una sofisticada estrategia para perpetuar la hegemonía adulta, despojando a los jóvenes de su capacidad de agencia y de su legitimidad simbólica.

En segundo lugar, el posicionamiento de la juventud como *resistencia* o *alternatividad* (aunque sea a través de los relatos de la transgresión y la rebeldía) es una operatoria adultocéntrica. Por un lado, los victimiza en su condición de “oprimidos”, y por otro, los perpetúa en la subalternidad: ninguna propuesta de integración hegemónica que emerja del sector será validada. El énfasis en lo *disruptivo* de la juventud, devalúa sus prácticas *constructivas* para la sociedad. En fin, genera un terreno adulto de inmunidad a lo juvenil.

Reconocer a la juventud inmersa en *lo social*, en el terreno donde se juegan fuerzas materiales y simbólicas, significa verlos en su calidad de *sujetos políticos*. Que un sujeto ocupe una posición subalterna es un resultado de las disputas hegemónicas (por tanto, es contingente); esto es, no existe algo así como una “*condición subalterna natural*” en los jóvenes. Reconocerlos como sujetos políticos no significa dejar de pensarlos de modo relacional, a través de la diferencia, donde la frontera adulto/joven sea probablemente un ordenador de sentido. En realidad, es no presumir de antemano que esta forma relacional los deja en el lugar del más débil.

Es posible que una identidad juvenil devenga representación de particularidades dispersas; o quizás, que ciertos sujetos, a través de su identificación como jóvenes, se articulen a un proyecto con pretensiones hegemónicas. A la vez, demandas juveniles (que pueden ser demandas de juventud o demandas particulares de sujetos identificados como jóvenes) pueden inscribirse de manera aislada en la institucionalidad, o pueden articularse equivalencialmente con otras identidades conjugándose, por ejemplo, en una identidad como “pueblo”. Lo que es evidente, es que no tendrán una posición predeterminada.

Sabemos que la identidad “juventud”, como significante aglutinador, funciona y está vigente en las sociedades contemporáneas, pero no sabemos -previo al análisis- qué articula esa identidad, o a qué otras identidades está articulada. Por eso, es imprescindible preguntarse primero por las características del orden, por lo estructural en sentido bourdiano, o “el mundo social” que enunciamos aquí. ¿Se trata de un orden suturado que provee a los actores sociales específicas trayectorias definidas o es un campo eminentemente dislocado donde las identidades se están reacomodando? Sin subalternizar la juventud anticipadamente -como muchas veces se hizo- nuestro objetivo como investigadores es intentar dilucidar a qué discursos se articulan y cuáles confrontan para, desde allí, vislumbrar parcialmente una ubicación de la “identidad juvenil” en la sociedad.

Los jóvenes como sujetos políticos

La *juventología*, en su esfuerzo por definir la juventud como *objeto* de estudio y designar su especificidad, extirpó a los jóvenes de la sociedad. Mediante categorías sofisticadas -otras reglas, otros códigos, otra cultura- se los significó como “otredad”. Hace ya cuatro décadas, advertía Henri Lefebvre sobre el carácter mítico de este *objeto*: “el mito de la juventud, como el del proletariado (y los de la modernidad en general), consiste en una serie de afirmaciones filosóficas y de redundancias de orden ontológico, esto es, relativas a un ‘ser’ que se pretende definir. La juventud tendría su ‘ser’ propio y se la definiría por ella misma ya para ella misma” (1971:187). El peligro de designar un “ser”, es que lo sitúa en la línea de fuego del “poder ser” y “deber ser”. El paso siguiente fue el de la juventud como *objeto-problema* (y ahí se sitúa una gran recurrencia de trabajos en torno a “juventud y embarazo adolescente”, “juventud y alcoholismo”, “juventud y riesgo”), donde no sólo es “otredad” sino que es una *otredad peligrosa*, portadora del “daño social”, provocadora de “pánico moral”, patológica -en los discursos más psicologicistas-, o desviada -desde el funcionalismo-. Una primera conclusión es que incluso focalizando en los jóvenes como *objeto* o *problema* de investigación, es posible invisibilizarlos a través de miradas que los niegan: negativizados como sujetos (en su moratoria, en su incompletitud) y negados en su agencia (o en nuestros términos, en su demanda y su decisión). Aquí, proponemos pensar los jóvenes como *sujetos políticos*.

En la lectura de los procesos sociales como *construcciones de sentido* partimos de la premisa de que el orden social es contingente y que su instauración fue posible por una relación política hegemónica. Sin embargo, el movimiento inverso de ese proceso constructivo es -en general- menos evidente: la transformación social es posible a través de la de-construcción del sentido de aquello que aparece naturalizado como “real”. Si afirmamos que el discurso es una práctica social articuladora, invirtiendo los términos, deducimos que las prácticas sociales son procesos subversión, inversión o reactivación de sentido. Estos actos políticos no encuentran motivación en ninguna conexión interna o externa del discurso, sino en la *decisión* de un sujeto, en una acción que a la vez lo constituye como sujeto⁶. Entonces, nuestro posicionamiento epistemológico podría

⁶ Aunque no podremos explayarnos aquí en esta cuestión, es preciso mencionar que para Laclau el sujeto siempre es *posiciones de sujeto* dentro de una estructura discursiva, o en otras palabras, *el sujeto es la distancia entre la decisión y la estructura indecible* (Laclau et al., 2003). Esto quiere decir que no hay un sujeto apriorístico o trascendental, sino que se constituye a través de prácticas articuladoras que lo fijan parcialmente a discursos. La *decisión* -como acto creativo de subversión del sentido- es posible por esa

formularse así: no concebimos la existencia de sujetos pre-constituidos (fabricados por la estructura social) ni actores con plena libertad (que eligen sus identificaciones sin condicionamientos), sino *sujetos políticos* que son resultado parcial de prácticas sedimentadas, cuyas identidades se van reconfigurando a través de su articulación (en relaciones de equivalencia o diferencia) con otras identidades.

Puede que, en un mundo hegemónicamente adulto, los jóvenes sean sujetos oprimidos por discursos que señalan su ilegitimidad (como inexperimentados, incapaces, ingenuos, ilusos); puede que sean sujetados por su condición etaria a ciertas estructuras de contención y modelización (“primero la escuela”, “primero la formación cívica”). Pero reconocerlos como *sujetos políticos* los sitúa en el campo de batalla. Con Laclau (2000), podemos argumentar que la lucha política modifica las identidades de los grupos en juego por virtud del mismo proceso de la lucha, puesto que en la lucha política las diferencias pueden ser, y de hecho son, re-articuladas. Es en esa lucha que los ubicamos, en el territorio abierto de lo social donde los significantes que marcan las diferencias se desestabilizan, las diferencias entre grupos se renegocian, en fin, donde las identidades se transforman.

No estamos diciendo que el pasaje de la obturación al agenciamiento se trate sólo de una “mirada” hacia los jóvenes, de una forma de concebirlos o estudiarlos. Claramente, podemos hacer este reconocimiento, porque desde plataformas tendientes a la hegemonía (identificadas como juveniles o no) se está interpelando a los jóvenes como sujetos políticos. Existen hoy discursos sobre una juventud que no quiere esperar en eternas moratorias, ni permanecer en una burbuja construida especialmente para ellos donde todo sea relativo, ni ser desperdigados a través de una pluralidad atenuante. Existen discursos que señalan una juventud con proyectos, que van surcando caminos hacia ellos, que encuentran vigor en identidades comunes que centralizan la dispersión. Y ya lo dijimos: el discurso es productivo.

Jóvenes y cambio social: demandas y proyectos

Ahora bien, ¿qué cambios podemos estudiar a través de los jóvenes? Claramente, la respuesta no está meramente en “lo nuevo”, como autonomía/creación de códigos, sino en la subversión del sentido. Resulta imposible ver el momento de la *subversión* sin analizar los sentidos *instituidos* e *instituyentes*, dominantes y tendientes a la hegemonía. Nuevamente, es infructífero estudiar la juventud si no es de manera relacional y contextual, sin determinar los marcos que sitúan sus acciones y representaciones. No podemos hacer una *hermenéutica de la juventud* o dicotomizar juventud/sociedad, puesto que la sociedad es un sistema relacional de diferencias y toda identidad que se consolide en ella tiene iguales reglas. En términos posestructuralistas, en cierto momento histórico, las transformaciones se evidenciarán en el campo de las articulaciones entre la identidad juvenil y los significantes disponibles (*flotantes*), en la posibilidad de establecer relaciones (*equivalenciales* y *diferenciales*) con otras identidades, en la prevalencia de ciertos sentidos suturados (*nodales*) y otros en abierta disputa (*vacíos*). Cabe aclarar que como la “identidad juvenil” no es una esencia, “lo juvenil” es también un significante que funciona como superficie de inscripción de articulaciones identitarias disímiles. Aunque pueda ser negado

estructura indecible -un exterior no-significado o, mejor dicho, un exceso de sentido de lo social- que hace posible la transformación de la sociedad y las identidades (Retamozo, 2011).

(y de hecho lo es: hay “jóvenes” carentes de juventud, “jóvenes” fallidos) se trata un significante con sentidos bastante estables y posiciones relativamente fijas en lo social.

Hasta aquí, hemos situado a la identidad joven en una condición similar a las tantas otras identidades sociales. Lo que nos lleva a la siguiente pregunta: ¿qué especificidad tienen los jóvenes? En principio, ninguna: comprendemos que se trata de una identidad construida, que no siempre hubo jóvenes, que no es una etapa biológica o psicológica, ni hay un fundamento último de lo juvenil. Entonces, reformulemos la pregunta: ¿qué especificidad histórica tienen los jóvenes en las sociedades modernas contemporáneas? Podemos conjeturar -y es una hipótesis de la investigación- que los jóvenes estarán en una posición privilegiada para realizar *demandas*, esto es, tendrán mayor productividad en el campo de las articulaciones. En su condición de “ingresantes” en las lógicas políticas, deberán identificarse con ciertos significantes, articularse a proyectos, diferenciarse de otros grupos. Nuevamente, sujetos emergentes no significa sentidos emergentes: pueden articularse a discursos decimonónicos o a proyectos que parecían caducos.

Entonces, ¿qué rol tiene la juventud en el cambio social? Desde la perspectiva que hemos propuesto para analizar la sociedad *no existe un sujeto privilegiado para representar la voluntad o los intereses universales*. Esto significa que los jóvenes no tendrán un papel *per se* en la “liberación”, la “revolución” o la “emancipación”. Su rol en el cambio social sólo puede dilucidarse *a posteriori*, y depende de la diversidad de demandas emancipatorias que la lucha juvenil (militante, estudiantil, entre otras) pueda mediar. Pero, hay que aclarar, que si los objetivos de los jóvenes logran representar los intereses de toda la sociedad, su identidad juvenil originaria se verá modificada en la relación articuladora establecida.

Consideramos que los jóvenes se constituirán como sujetos políticos emancipatorios en tanto su discurso a) suponga una *demanda* hacia una falta, especialmente, una demanda de poder de *decisión*, una decisión que a la vez los constituya como sujetos políticos, y b) *antagonice* con un opresor, primordialmente con el tutelaje de la hegemonía adulta, pero también fuerzas represivas disímiles que obturen o amenacen su poder de decisión política (en distintos contextos: las corporaciones económicas, la dictadura, el imperialismo, etc.). Esto no infiere que no existan identidades juveniles reaccionarias que incluso formen parte de fuerzas represivas. Más aún, como la identidad joven no es una unidad coherente, los sujetos articulados a ella podrán adoptar alternativamente posiciones de demanda y posiciones de detentación de poder, oscilando entre la proyección de la decisión y la decisión política efectiva.

Proponemos, entonces, pensar a los jóvenes desde la *ciudadanía* (es decir, desde una lógica de derechos, de universales), a partir de su participación en la sociedad como *sujetos políticos*. Para conocer su papel en la transformación social, resultaría fructífero indagar en dos momentos de la constitución de su identidad. El primero es el momento negativo: qué opresiones denuncian, qué derechos exigen, en fin, *qué demandas establecen*. El segundo nos lleva el terreno de la positividad de lo social: cuáles son sus propuestas organizativas, cómo imaginan la reconstrucción y la unidad social, esto es: *qué proyectos comunes formulan*. La demanda y el proyecto son las dos caras complementarias de las trayectorias hacia la emancipación.

Bibliografía

ARFUCH, L. y CATANZARO, G. (comps.) (2008) *Pretérito imperfecto: lecturas críticas del acontecer*. Buenos Aires: Prometeo.

- AUYERO, J. (1993). *Otra vez en la vía (Notas e interrogantes sobre la juventud de los sectores populares)*. Buenos Aires: Espacio.
- BARTHES, R. (1990). *La aventura semiológica*. Barcelona: Paidós Comunicación.
- BENJAMIN, W. (1993) *La metafísica de la juventud*. México: Paidós.
- BOURDIEU, P. (1990). La “juventud” no es más que una palabra, en Bourdieu, P. *Sociología y Cultura*. México: Grijalbo.
- BOURDIEU, P. (2000). Sobre el poder simbólico. *Intelectuales, política y poder*. Buenos Aires: Eudeba.
- CHAVEZ, M. (2006). *Investigaciones sobre juventudes en Argentina: estado del arte en ciencias sociales*. Informe para el Proyecto: Estudio Nacional sobre Juventud en la Argentina. Dirigido por Eleonor Faur. Buenos Aires: UNSAM - DINAJU.
- FEIXA, C. (1998). *De jóvenes, bandas y tribus*. Barcelona: Ariel.
- LACLAU, E. (2000). *Nuevas reflexiones sobre la revolución de nuestro tiempo*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- LACLAU, E. y MOUFFE, C. (2011 [1987]). *Hegemonía y estrategia socialista. Hacia una radicalización de la democracia*. Madrid: Siglo XXI.
- LACLAU, E., BUTLER, J., ZIZEK, S. (2003). *Contingencia, Hegemonía, Universalidad. Diálogos contemporáneos en la izquierda*. Buenos Aires: FCE.
- LEFEBVRE, H. (1971). *Introducción a la modernidad*. Madrid: Tecnos.
- LEFORT, C. (1992). *El arte de escribir y lo político*. Barcelona: Herder.
- MARGULIS, M. y URRESTI, M. (comps.) (2008 [1994]) *La juventud es más que una palabra. Ensayos sobre cultura y juventud*. Buenos Aires: Biblos Sociedad.
- PASSERINI, L. (1996). La juventud, metáfora del cambio social, Dos debates los jóvenes en la Italia fascista y en los EEUU en los años cincuenta. En: SCHMITT, L. (comp.) *Historia de los Jóvenes Tomo II*. Madrid: Taurus.
- PÉREZ ISLAS, J. (coord.) (2000) Visiones y versiones. Jóvenes, instituciones y políticas de juventud. En: en Martín-Barbero, J. et al. *Umbrales. Cambios culturales, desafíos nacionales y juventud*. Medellín: Corporación Región.
- REGUILLO, R. (2000). *Emergencia de Culturas juveniles. Estrategias del desencanto*. Norma: Buenos Aires.
- REGUILLO, R. (1995). *En la calle otra vez. Las Bandas: Identidad Urbana y Usos de la Comunicación*. Jalisco: ITESO.
- RETAMOZO, M. (2011). *Sujetos políticos: decisión y subjetividad en perspectiva posfundacional*. Revista Ideas y Valores, vol. LX, N° 147. Colombia: Universidad Nacional de Colombia.
- RETAMOZO, M. (2012). *Constructivismo: Epistemología y Metodología en las ciencias sociales*. Obtenido el 5 de enero de 2014 en <http://docencia.izt.uam.mx/egt/Cursos/MetodologiaMaestria/Retamozo.pdf>
- SABSAY, L. (2011). El periodismo y la regulación del espacio público. *Fronteras sexuales. Espacio urbano, cuerpos y ciudadanía*. Buenos Aires: Paidós.
- SAINTOUT, F. (comp.) (2010). *Jóvenes Argentinos: Pensar lo Político*. Buenos Aires: Prometeo.
- VOMMARO, P. et al. (2010). Del Cordobazo al kirchnerismo. Una lectura crítica acerca de los períodos, temáticas y perspectivas en los estudios sobre juventudes y participación política en la Argentina. En VOMMARO, P. y ALVARADO S. *Jóvenes, cultura y política en América Latina: algunos trayectos de sus relaciones, experiencias y lecturas (1960-2000)*. Buenos Aires: CLACSO-Homo Sapiens.

